

XXV

Aunque hacía ya algún tiempo que desplegaba menos celo como juez instructor, y que dejaba marchar el asunto sin pensar en citar nuevos testigos, ni emprender nuevas investigaciones, los agentes que había puesto en campaña se mostraban más activos que yo, trabajando por mi cuenta. Obedeciendo Domenil las instrucciones que yo le había dado en forma de consejo, conservaba al conde X... á cierta distancia, esperando cogerle mejor. Hablaba de él

todo lo mal que podía, asegurando á voz en grito que no había sido nunca su amante ni lo sería, porque no había ningún hombre que le gustara menos. Lina de B... la ayudaba en su sistema, que hubiera sido extraño si no fuera calculado, tratándose de un joven guapo y capitalista, y decía también pestes del enemigo común. En nuestro pequeño círculo de desocupados, parisienses en vacaciones, y gente de alegría, no se hablaba más que de la guerra que le habían declarado aquellas dos mujeres.

El Conde tardó muy poco en enterarse de aquella situación. Si hubiera sido necesario, yo le habría sacado de su ignorancia. ¿No debía yo prestar mi concurso á unos agentes tan celosos como los míos? Vanidoso y presunido hasta la exageración en ciertos puntos, orgulloso con la reputación de hombre afortunado que se había conquistado por sí mismo, y que tenía en tanto, se alarmó con aquel rumor que podía com-

prometerle; y le era doblemente sensible, porque no sólo perdía el prestigio para con sus amigos particulares, gente del Mediodía en su mayor parte, sino lo que era peor todavía, con aquellos parisienses á quienes le había presentado poco á poco, toda gente del *Club men*, de alto vuelo, cuya estimación le importaba tanto. Los hombres de mundo que no necesitan á nadie, se dejan desvanecer muy pocas veces por la fortuna ó la posición de las personas que les rodean. Pero en provincias, un general, es siempre un general, en el cual no se ve más que su grado y sus charreteras. En París, por el contrario, en ciertos círculos, un gran personaje está rodeado de mucha menos gentes que una gran personalidad. No tiene derecho á la consideración pública, sino cuando hace renacer algún recuerdo glorioso, se ha conquistado un nombre ó es alguien en lugar de ser una cosa. Por esto mis amigos se cuidan muy poco de los títulos de nobleza del conde de X..., y de su

fortuna, no dignándose ver en él más que un hombre raro, demasiado hablador y completamente ridículo. — « Vuestro protegido huele á la legua á provinciano, me decían, le aceptamos entre nosotros por complaceros y porque nos divierte. »

Esta era la única impresión que sobre mis amigos del *Jockey*, del *Imperial* y del *Petit Cercle*, causaba aquel gran propietario, dueño y señor de uno de las más hermosos castillos de Francia. Solamente podía ser persona visible entre les socios de la *Unión*, *Ganaches* y *Agricoles*.

— Conde, le pregunté un día, ¿me permitis que os hable con franqueza?

— Os lo suplico, amigo mio, me respondió lleno de efusión y cogiéndome las manos.

— Pues bien : me temo que hayais perdido algo en el concepto de algunos amigos á quienes he tenido el gusto de presentaros.

— ¿Pues qué he hecho?

— Les habéis contado con muchísimo talento, lo confieso, vuestras numerosas aventuras de París. No dudan de vuestro buen éxito, que justifica vuestra presencia. Pero quizás haríais bien en impedir que la bella Domenil hablase de vos de la manera que lo hace, y hasta me atrevo á decirlo, os tratase con tanto desdén.

— ¿Se sabe qué?

— ¡Cómo si se sabe! ¡Ya lo creo que se sabe! En nuestro reducido círculo no se habla más que de su aversión hacia vos.

— ¿Y acaso puedo yo impedir que me deteste?

— Sin duda: obligándola á que os ame. ¿Es esto difícil? Si no recuerdo mal, la érais simpático en otro tiempo.

— Seguramente. Por eso no me explico su hostilidad.

— Quizás sea despecho.

— Despecho, eso es, habéis dicho la palabra, y haríais bien en repetírsela á esos caballeros.

— ¡Oh! las cosas están muy adelantadas, y el odio de la Domenil está bien manifiesto, para que ellos queden satisfechos con esta palabra. Ahora son necesarios hechos.

— ¿Qué hechos?

— Un cambio completo en la conducta de vuestra enemiga; si después de haber hablado mal de vos, hablase bien, si en lugar de volveros la espalda, os recibiese afectuosamente; si su aversión se convirtiese en un capricho agradable de que vos fuérais objeto. Me parece que no os pido un imposible.

— Seguramente que no, y si yo quisiera...

— Pues bien, amigo mío, es preciso querer por interés vuestro y también un poco por el mío, porque yo también tengo empeñado mi parte de amor propio en veros triunfar. El público nos observa, y en el mundo en que vivimos es necesario hacer algo en su obsequio.

— Quizás tengáis razón, acabó por decirme. Lo pensaré.

Se separó de mí un poco preocupado, según pude observar al verle marchar por la alameda de la Pique, que era donde había tenido lugar nuestra conversación.

¿En qué pensaba? ¿En las resistencias que iba á encontrar en Domenil? Siendo como era rico, ¿no tenía medio de vencerlas? ¿Pensaba acaso en la necesidad que tenía de engañar á su mujer? Me había parecido que él no la tenía muy en cuenta, y solamente por la ligereza con que se había expresado delante de mí fué por lo que me aventuré á darle unos consejos que nunca me habría atrevido á dar á un marido modelo. ¿Se veía apurado para sostener la reputación que se había hecho y colocarse á la altura de sus narraciones? El tiempo debía decírmelo.

Sea de todo esto lo que fuera, el resultado fué que á poco rato debió tomar una resolución heroica, porque de repente se dirigió á la Villa Raphael donde vivía Domenil.

Por la noche fui á dar una vuelta por el Gran Círculo, refugio de las pecadoras que no admite el Casino. Esperaba encontrar allí á Domenil y á Lina de B... que no les disgusta el *baccarat*.

Efectivamente, estaban allí cerca de la mesa de juego con algunos luses en la mano. Apenas me vió Domenil se vino hacia mí, diciéndome:

— Vuestros consejos eran excelentes y soy feliz por haberlos seguido. El Conde ha venido á mi casa á pedirme perdón.

— Y se lo habéis concedido, añadí yo.

— ¿Acaso debía tener rigor por más tiempo?

— No, puesto que ya estaba conseguido vuestro objeto. Ha sido completa la reconciliación, ¿habéis firmado el tratado?

— Sí, mañana se ejecutará.

— ¿Por qué mañana? ¿No estaba hoy libre?

— Mañana espera estarlo. Su mujer piensa ir al rayar el día al Montné, salien-

do de Luchón á media noche. El Conde estará viudo hasta el día siguiente.

— ¿No piensa acompañar á su mujer en su excursión?

— No, se excusará con algún pretexto en el momento de echar á andar.

— Está muy bien combinado. ¿Es decir que habéis llegado al colmo de vuestros deseos?

— Lo confieso. Me gusta mucho ese joven. Si supiéseis cuántas cosas me ha prometido.

— ¿Solamente en palabras y en esperanzas?

— Sí, solamente. Pero estoy segura de que me cumplirá todo lo que me ha prometido.

— No lo dudo. Me daréis cuenta pasado mañana de esta noche de boda. Yo he sido el que ha hecho el matrimonio, y tengo por lo tanto derecho á vuestra confianza.

— Ciertamente, me contestó, con su más graciosa sonrisa.

El *baccarat* la llamaba: se acercó á la mesa y arrojó sobre el tapete cinco luses que perdió en seguida.

Entonces murmuré á su oído:

— Desgraciada en el juego... ya sabéis lo demás.

— Sí, no debiera haber jugado hoy.

— Mañana os volverá la suerte innegablemente.

— ¿Por qué? dijo con viveza. ¿Acaso creéis que mañana no voy á ser dichosa en amor?

— Copo el último paño de la derecha, dije aproximándome á la mesa para no tener que responderla.

XXVI

El proyecto de subir al Montné, durante la noche, para presenciar la salida del sol, se había formado por la Condesa delante de mí hacía algunos días, y naturalmente, me había ofrecido á acompañarla. Dos amigos, el Conde y la Condesa, algunos parisienses que se encontraban en Luchón y Gastón de B..., debían ser de la partida que había de estar reunida á las diez en casa del Conde para tomar allí el té y esperar la hora de ponerse en marcha.

Todo el mundo acudía á la cita puntualmente, incluyendo el mismo Conde, que bajó de sus habitaciones para juntarse con nosotros un momento después de nuestra llegada. Llevaba un traje completo de visitador de montañas, con sus polainas amarillas y chaqueta ancha y corta. ¿Había cambiado de parecer y faltaba á la cita de Domenil? Inquieto en un principio, me tranquilicé después. Serían las once de la noche, cuando empezó á quejarse de un fuerte dolor de cabeza y malestar general que nos hizo aconsejarle que se acostara en lugar de ponerse en camino.

Concluyó para aceptar el consejo y parecer general, después de habernos exigido, y especialmente á su mujer, la promesa formal de que su indisposición no cambiara en nada nuestro proyecto. Ésta farsa, que yo también hubiera creído como creyó todo el mundo, si no hubiera estado en el juego, se representó muy bien. Con esto tuve ocasión de saber, que á pesar de

su carácter franco, demasiado franco, el Conde sabía engañar al mundo. Las doce de la noche estaban próximas á dar, cuando sentimos por el camino de España chasquido de fustas, que es la manera que tienen de anunciarse los guías. Todo el mundo se levantó haciendo los últimos preparativos. La condesa dió sus últimas órdenes á los criados, y la cesta de las provisiones, las capas y los abrigos, pasaron á manos de nuestros guías.

Montamos en nuestras cabalgaduras y nos pusimos en marcha, atravesando Luchón al trote, internándonos en la alameda de los Suspiros, en que se toma el camino de Peyresourde.

El tiempo era magnífico, el aire tibio y el cielo brillante; todo nos hacía esperar una hermosa salida de sol después de una noche más hermosa aún.

Mi caballo, que es el mejor de las caballerizas de Prince, se entiende admirablemente con el pequeño *poney* negro, de Tar-

bes, que monta la Condesa. Ardiente en los grandes caminos, y muy prudente al borde del abismo, se acuerda de nuestros anteriores paseos, y anticipándose por sí mismo á mis deseos secretos, sigue de cerca á su compañero ó se pone á su lado cuando lo permite el camino.

Después de haber subido la pendiente de la escarpada montaña que domina á Luchón por el Norte y haber atravesado los torrentes del Ona y de la Nesle, llegamos á la capilla de Saint-Aventin. Los caballos descansaron un poco y la caravana entró en el valle del Œil.

La luna brillaba en el cielo, iluminando las praderas próximas en que descansaban numerosos rebaños, dibujando grandes manchas blancas, prestando azulada transparencia á los horizontes lejanos, y dando un tinte oscuro á la nieve de las elevadas montañas. En la yerba, que pisaban nuestros caballos, aparecen multitud de gusanos de luz, una brisa ligera refresca nuestro

rostro, y las flores de la pradera embalsaman el ambiente. Rodeados por un silencio que únicamente turbaba el ladrido de los perros de los pastores, ó el murmullo de algún torrente, nosotros también guardamos silencio, impregnados por una especie de misteriosa voluptuosidad.

De instante en instante dirijo mi vista á la Condesa, que parece experimentar mis mismas emociones. Su mirada indica estar sumergida en una contemplación ó en un pensamiento. Cualquiera diría que la luna tiene guardada para ella alguna preferencia, y que quiere iluminarla mejor, inundando de luz su elegante talle, dibujando con claridad su soberbio pecho, sembrando de rayos de oro sus rubios cabellos, y besando aquella boca entreabierta, que parece aspirar el aire y la vida.

Jamás había encontrado tan hermosa aquella adorable mujer, y sin embargo, en aquel momento no me inspiraba ningún material deseo. Aquella noche de calma y

de silencio, me llenaba de su soberano encanto, adormeciendo mis sentidos y dejando despierto solamente mi corazón. Podía aprovecharme de la estrechez del camino para acercar mi caballo y unirme á aquella amazona por los piés, por las manos y por la espalda. Evitaba, por el contrario, este contacto, y me contentaba con contemplarla embriagado en su vista.

Ella comprendía mi admiración y no trataba, sin embargo, de sustraerse; siente que mi mirada está fija en la suya y no huye; se podía, por el contrario, suponer que su mirada era tierna, que su pecho palpitaba, y que un estremecimiento de dicha recorría todo su cuerpo.

¿ Habría poco á poco llegado á amarme como yo la amaba, sin haberme dicho nunca una palabra que me lo hubiera hecho esperar? ¿ Acaso soy para ella un hombre que no conocía hace un mes, y que se ha enamorado de ella? ¿ O soy por el contrario el hombre de otra época á quien se le

hace el favor de no reconocerle, ó que habiéndole reconocido, se aparenta ignorarlo?

Después de haber subido escarpadas pendientes, atravesando extensos prados, llegamos, serían las cuatro de la mañana, á la cima del Montné.

Nos bajamos en seguida de los caballos, paseándonos un poco de prisa para entrar en calor mientras esperábamos una hora que aún faltaba para la salida del sol. La temperatura era bastante baja y el aire que corría era frío á aquella altura de dos mil doscientos metros. Ya no alumbraba la luna; la oscuridad nos rodeaba y llenos de impaciencia esperábamos que el gran luminar apareciera sobre el gran panorama que íbamos á ver. Por fin la noche estaba vencida y triunfaba el día. Por la parte del Este aparece una debil claridad que rompe las tinieblas, se aumenta, se extiende y sube. El círculo de las montañas se dibuja poco á poco, realzando sus contornos y agrandándose.

Al mismo tiempo la naturaleza dormida se despierta como si esperara esta señal. Los habitantes de las altas regiones salen de su embotamiento, las codornices de la montaña corren por la yerba; grandes pájaros abandonan las hendiduras de la rocas y revolotean sobre nuestras cabezas y de la profundidad del vecino valle llegan hasta nuestros oídos las voces de los pastores que reunen sus ganados, el ladrido de los perros y el balar de las ovejas. Nuestros caballos patean en el suelo volviendo la cabeza hacia la luz.

A poco una hermosa franja dorada se dibuja en el pálido horizonte anunciando la llegada del sol y sirviéndole de guía. Transcurren algunos segundos, se le ve aparecer detrás de una negra roca que está allá abajo, en lo último del fondo de la decoración. Se le puede mirar sin quedar desvanecido y hasta contemplarle, porque entonces no es más que un globo luminoso, una luna llena enrojecida sin rayos; pero

después sube, sube rápidamente, bañando de color, iluminando, llenando de vida á todo lo que encuentra. Los blancos vapores que algunas veces velan el horizonte, suben al cielo formando blancas nubes que se doran poco á poco; la cadena de montañas presenta sus perfiles en toda su extensión bajo un cielo de púrpura por un lado, azul y transparente por otro. Las altas crestas se iluminan sucesivamente, despiden rayos los inmensos hielos de la Maladetta, las nieves del Néthou se tiñen de rosa; la gran cúpula del Mont-Perdu, la inmensa mole de los Montes Maudits y el Pico del Mediodía de Bigorre aparecen resplandecientes.

En el valle se han disipado los últimos vapores y la vista puede abarcar un inmenso horizonte que se extiende hasta las llanuras de Tarbes y de Tolosa. De trecho en trecho se ven pueblos, caminos y arroyos plateados. Grandes sombras cubren todavía una parte de las montañas y de la pradera haciendo que todo lo que brilla aparezca

más luminoso. A medida que el sol se levanta, todos los detalles se confundirán en una misma tinta, una misma claridad y en una misma intensidad de luz: es menester, por lo tanto, apresurarse á admirar ese mágico espectáculo.

Para gozarlo mejor, para que me impresionase más vivamente y que todo mi ser se saturase de voluptuosidad, me pongo de pié sobre una altura cubierta de cesped, cerca de la Condesa. La altura tiene una rápida inclinación y si resbalara el pié nos acometería el vértigo arrastrándonos al abismo.

Ella está callada como yo, porque la admiración inspira silencio.

Me atrevo á coger su mano, que desprovista de guante, pendía á lo largo de su cuerpo: no la ha retirado y siento que se calienta y estremece en la mía. ¡Ah! No es sólo la tierra la que en este momento está inundada de luz; ¡á mi corazón ha llegado también el sol!

Nuestros compañeros, que se habían alejado un poco para admirar el panorama en todas sus formas dando la vuelta al Montné, nos despertaron de nuestra contemplación.

A poco rato estábamos en camino para bajar por el desfiladero de Pierrefitte y el valle de Arboust. A las once de la mañana estábamos de vuelta en Luchón.

XXVII

Estaba todavía bajo la influencia del encanto de aquel hermoso paseo y de las horas transcurridas cerca de la condesa X..., impregnado en mis queridos recuerdos vacilaba ir á casa de Domenil como le había dicho. ¿Qué beneficio me podría resultar de sus confidencias? Uno sólo: el que tomaran fuerza ciertas suposiciones que me había hecho respecto del Conde y que podrían explicarme la conducta de su mujer.